

Cajas, luz y polvo en las estanterías
por Marta Herballán | 2018

Gira persistente el adhesivo de la cinta sobre el cartón, fijándolo, dándole forma. Las cajas ya montadas se acumulan en la entrada. Vacías. Y conforme los objetos embalados en papeles de periódico antiguos las llenan, también se vacía la habitación. Y se van distribuyendo los objetos: los que irán contigo y los que no. Todo está ahora dentro para estar luego fuera.

Suena la llegada del camión.

Empieza a notarse que el sol ilumina cada día con más fuerza este mes. Y entra el destello del mediodía atravesando la ventana y entrando por los agujeros de la persiana que se ha dejado entreabierta. Empieza a notarse que el sol es más cálido. Creciendo el día. Un rayo alumbra el mueble del salón, dejando al descubierto el polvo que ha acabado por envolver los objetos que ya no están y han dejado su rastro sobre la madera de pino que tanto estaba de moda cuando inauguramos la casa. La marca de la foto de la comunión que ocupaba la pared, ensuciada por el humo del tabaco acumulado durante celebraciones y fiestas de final de año desvela el color brillante de la primera pintura. Llega la hora de dejar el espacio que se ha vaciado: el inmueble y los recuerdos. Todo está ya fuera. Y al coger por última vez el pomo de la puerta que parece tener ya la forma de la palma de tu mano y cerrar, es como si se acabase una parte de ti y de tu vida.

El silencio recorre ahora el pasillo, llenando cada estancia, cada armario, cada rincón. Paredes que vivieron visitas y actos de amor, complicidades, secretos, diversión, penas, llantos, sueños, pesadillas e ilusiones ya no resuenan. Paredes que quedan a la espera de escuchar nuevos pasos, guardan y aguardarán desde ese momento a otros nuevos que ocupen el espacio que fue tuyo.

Ya es el tercer o cuarto viaje. Las escaleras cada vez más largas, los escalones cada vez más altos y las cajas cada vez más pesadas. La tarea de desembalar es casi más pesada que la que precede. La esperanza de que no falte ninguna cosa, que este todo y que nada esté roto. Que cada objeto, cada experiencia e historia que le da forma y compone la materia haya quedado intacta en el cambio y pueda ocupar su lugar allí donde nos acompaña para hacer presente esa parte del pasado. Casi parece impensable que una única persona fuese capaz de

acumular tanto cacharro. Pero ya está todo. Pero aún no hay nada. Hay silencio y sin embargo de fondo se acaricia un piano que repite una misma melodía, una y otra vez, constante. Tan constante que sin conocerla acabas por tararearla, casi puedes tocarla tú misma. Es acogedora. Contrasta con el vacío de la habitación. Inmaculada. La pared blanca de gotéale que aún guarda clavos de cuadros desconocidos, el cochón azul sin fundas, la ventana sin cortinas por la que, al menos, asoma el sol entornando tus ojos, ensombreciendo el vacío y dejando lugar a la imaginación.